

rama, desde la plataforma siciliana, de la Italia contemporánea. La isla ancestral, el equivalente meridional de Inglaterra que apasionaba a Lampedusa, es el observatorio inmóvil del convulso continente. En el medio, Leonardo Sciascia, a veces escrutador de la España andaluza como el museo viviente de las esencias de su tierra natal.

Histoire des gauchers. Des gens à l'envers, *Pierre Michel Bertrand, Imago, Paris, 2001, 252 pp.*

La diferencia entre derecha e izquierda (salva sea la simbología política) es una de las tantas evidencias indefinibles de nuestra existencia espacial (arriba y abajo, adelante y atrás, etc.). El zurdo, motivo de este libro, por ser minoritario, ha gozado de la maldición y la admiración de los siglos. Se lo ha considerado anómalo y maligno, degenerado y peligroso, siniestro en definitiva, ya que tal sinonimia entre izquierda y siniestra existe en alguna lengua como el italiano.

Las Luces fueron disipando los prejuicios y se empezó a considerar al zurdo como una variedad normal de la especie humana, dejando de lado cualquier intento falsamente pedagógico de enseñarle a «rectificar» su naturaleza. Desde entonces,

la zurdez mereció ser vista bajo una nueva luz y así la memoria histórica advirtió que pintores egregios como Leonardo da Vinci, Hans Holbein y Paul Klee fueron zurdos integrales, en tanto otros personajes tan notorios como el almirante Nelson, el escritor Blaise Cendrars y el pianista Paul Wittgenstein lo fueron por necesidad, ya que hubieron perdido la mano derecha en la guerra. No faltó algún criminólogo exacerbado (el fundacional Cesare Lombroso) que incluyese la zurdez como atributo del loco genial, remitiéndonos a la excepción que da, por arriba, al gigante y, por abajo, al enano.

El material acumulado por Bertrand es curioso y colorido. El autor lo expone con erudición y fluidez, haciendo una ordenada topología del asunto a través de los siglos. Es un intento muy conseguido de esa disciplina tan en boga, la historia regional, que nos devuelve a la narración de sucesos que atañen a gente concreta, con sus huesos y su carne, como los que conforman la mano izquierda.

Eterna mortalidad, *Walter Scott, traducción de Marta Salís, Alba, Barcelona, 2001, 500 pp.*

Walter Scott empezó a publicar sus libros de manera anónima,

acaso porque la novela era un género indigno de un sujeto respetable. Incidió en el relato histórico con *Waverley*, *Guy Mannering* y *El anticuario*, pobladas de luchas de religión, reyertas entre clanes escoceses y final consolidación de la Corona británica, legitimada y unificadora del imperio. En esta línea se inscribe *Eterna mortalidad*, situada en el siglo XVII y cuya narración se atribuye a un lapidario que recorre cementerios restaurando nombres y fechas: una alegoría de la historia.

Feliz contemporáneo de grandes constructores –Beethoven, Goya, Hegel y ¿por qué no? Bonaparte– Sir Walter es un maestro de la carpintería narrativa, sobre todo por el ritmo que consigue articular entre inmóviles *suspenses*, rápidas escenas de acción, secuencias dialogadas y descripciones. La dosificación de la intriga (una sección central de pocos días y un epílogo de relativa rapidez) subraya el arte supremo de este sinfonista del relato. A la vez, un melancólico celebrador de la providencia, que hace triunfar el bien y reduce el dolor y la dicha de los hombres a un vendaval majestuoso de cenizas al contraluz.

La trama es sencilla: dos muchachos de distinta ideología aman a una chica que a su vez, los admira pero tiene su preferencia sentimental. Ellos se salvan la vida mutuamente, uno desaparece y es tenido por muerto, en tanto el otro vive

para morir en una escena de remate operístico, una suerte de trío concertante (detrás hay un coro, una tropa) marcado *Allegro finale*.

Admirable es la traducción, concebida en un castellano de evocación decimonónica, enriquecida con un aparato de prólogo y notas que ayudan a comprender la época, a descifrar citas solapadas de las Escrituras o Shakespeare y a dar noticia sobre lugares y objetos locales y pretéritos. El libro, encuadrado como en los buenos tiempos de Walter Scott.

Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil, Angel Viñas, Alianza, Madrid, 2001, 590 pp.

Historiador especializado en las relaciones entre la guerra civil española y el entorno internacional (*El oro de Moscú*, *La Alemania nazi y el 18 de julio*), Viñas vuelve sobre su mundo con esta robusta indagación acerca de las relaciones entre el Conductor y el Caudillo. Disipa lugares comunes y estudia los antecedentes, que ocupan la mayor parte del texto: las relaciones comerciales entre España y Alemania a partir de la Dictadura, especialmente en cuanto a compra de material militar, el espionaje germano, la relativa

indiferencia respecto a los asuntos españoles, la débil implantación del nazismo en España.

Estallada y fracasada la sublevación, Franco apela a la ayuda de Hitler y despierta el interés de éste por la península en llamas, que Viñas entiende no era ni ideológico ni económico, sino político, inscrito en el sueño, quizá delirante, de hegemonía europea. Desde luego, los alemanes usaron España como campo de prueba para sus armas y se hicieron pagar ricamente sus auxilios, en comida y ropa de las que faltaron dramáticamente en la posguerra. Franco dio a los pronazis un buen lugar en sus gobiernos hasta que las patatas quemaron y hubo que cambiar de rumbo, de cara a los vencedores.

La pesquisa de Viñas es admirable por la cantidad de documentos manejados, su ordenación, su exposición topológica y un diáfano relato que, no obstante su prolijidad, fluye lenta pero seguramente desde las hipótesis a las conclusiones. Numerosos retratos de personajes notorios o rescatados de la oscuridad van puntuando esta historia tremenda y necesaria, como todo en la Historia. Sin el apoyo hitleriano, la sublevación no habría derivado en guerra civil. Otro sería el pasado, otro el presente. Convertir el potencial en pretérito es la tarea del historiador y Viñas la cumple con gigantesca probidad y con digno brillo.

La república mundial de las Letras, Pascale Casanova, traducción de Jaime Zulaika, Anagrama, Barcelona, 2001, 471 pp.

La mundialización ha convertido el mundillo literario en un orbe multinacional y planetario. Pero la cosa viene de antiguo, desde los tiempos de las lenguas francas (latín, luego francés, luego inglés) que sirvieron para intercomunicar a los sujetos de la comunidad letrada. Casanova describe sus instituciones y políticas, sus centros y periferias, sus alianzas y guerrillas, sus negocios y trapicheos. Ha de agradecerse que, por fin, aparezcan en el mundo los escritores de lengua española, no menos que los catalanes, portugueses y brasileños. Así Paz, Vargas Llosa, Reyes, García Márquez y hasta Rubén Darío se «vuelven» mundiales, como si no lo fueran desde siempre.

Menos feliz es el aspecto ideológico del libro, muy impregnado de un trasnochado romanticismo herderiano, que identifica (mejor dicho: confunde) pueblo, nación, lengua y literatura. Casanova llega de tal manera a conclusiones francamente peregrinas: Yeats escribe en una lengua que lo somete (el inglés, en vez del gaélico, un idioma caduco y artificiosamente reflojado, como él mismo dice); los Estados Unidos siguen colonizados lingüísticamente por la Gran Bretaña, ya que no han sido capaces de

gestar una lengua originaria; escritores como Naipaul, Michaux y Ramuz son traidores porque se desprenden de la identidad nacional que los funda. Nada digamos de los que han cambiado la lengua materna por otra más poderosa, como Cioran, Beckett o Ionesco (por suerte, Casanova se abstiene de incluir a Conrad en la sentencia).

Las relaciones entre centros de poder político y económico, y centros de irradiación cultural no son mecánicamente asimilables. Los filósofos griegos actuaban en pequeñas ciudades-Estado sin la menor importancia política. Lo mismo personajes como Goethe, Kant o Spinoza. Considerar a escritores como Octavio Paz o Borges periféricos y excéntricos es, cuando menos, una exageración inoperante.

La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot, Christa Bürger y Peter Bürger, traducción de Agustín González Ruiz, Akal, Madrid, 2001, 342 pp.

Si hay un tema crucial en el pensamiento de Occidente, es el sujeto. Tan es así que Bürger, al trazar la historia de su desaparición, cuenta, a la vez, otra historia: la construcción de una inevitable subjetividad.

Descartes planteó al sujeto como autoconsciente y activo, ávido de mundo, conquistador, histórico. Pascal lo miró con reluctancia. Montaigne lo vio ondulante e intermitente (pero siempre el mismo aunque cambiante). Los románticos lo escondieron en la incomunicable vivencia interior. Mallarmé y Freud lo dotaron de alteridad. El poema y el inconsciente se tornaron macrosujetos que nacieron cuando el escuálido sujeto cartesiano desapareció en las sombras del siglo XIX. Expulsado por la puerta, volvió por la ventana convertido en un gigante como Ser de Heidegger y el Otro mayúsculo de Lacan.

Peter Bürger traza una ordenada y clara topografía de las aventuras de ese personaje ineludible que hace a nuestro pensamiento y a su efabilidad, a su decir: el Quien. Christa Bürger se esfuerza, en vano, por mostrar que la construcción de lo subjetivo es obra masculina y busca su contrapartida, sin hallarla, salvo en esas vagas elucubraciones sobre la falta de lugar y la vacuidad propias de lo mujeril. Por otra parte, esta separación de universos tiene su deslizamiento peligroso. La subjetividad femenina es una suerte de perspectiva racial que abre el campo a las subjetividades arias, judías, islámicas, negras, blancas y etcétera, todas de triste memoria.

En cualquier caso, la solvencia y la utilidad del libro quedan acreditadas al volver sobre uno de los